

Estamos entrando en la edad del nunca me había pasado

Por Fontanarrosa

Mi amiga Coletta solía decir, y hace ya mucho tiempo: "Estamos entrando en la edad del nunca me había pasado"

Y es así. Decimos: "Es curioso. Nunca me había pasado"

"Me agaché a recoger un tenedor y se me trabaron cuatro vértebras de la columna"

Escuchamos: Es notable. Nunca me había pasado.

"Mordí un caramelo de limón y un premolar se me partió en ocho pedazos"

Es que, así como se habla de un Primer Mundo y de un Tercero sin que nadie conozca a ciencia cierta cuál es el Segundo, nosotros hemos pasado de la Primera Edad a la Tercera sin recalar por la Segunda y el cuerpo acusa recibo de tal apresuramiento.

El tiempo mismo, incluso, ha tomado una consistencia gelatinosa, plástica, mutante.

Calculamos: "Cuánto hace que se mudó Roberto a su nueva casa?"

Y arriesgamos: "¿Tres, cuatro años". Hasta que alguien, conocedor, nos saca de la duda:

"Catorce"

Suponemos ante el amigo encontrado ocasionalmente en la calle:

"Tu pibe debe andar por los seis, siete años"

"Tiene diecinueve" -nos contesta el amigo- "vení Tacho". Y nos presenta a una bestia de un metro ochenta, pelo verde, un clavo miguelito clavado en la ceja y un cardumen de granos sulfurosos en la mejilla.

Se corrobora entonces aquello que, dicen, decía John Lennon: "El tiempo es algo que pasa mientras nosotros estamos distraídos haciendo otra cosa"

Y suerte que estamos distraídos haciendo otra cosa.

Mucho peor es aburrirse.

Es dulce recordar ciertos momentos, pero más me entusiasma pensar en las cosas que tengo para hacer.

Es que muchos de esos ciertos momentos son muy viejos.

Y por lo tanto vale recordar el consejo dado por Javier Villafañe cuando alguien le preguntó como hacía para conservarse tan joven pasados los ochenta años.

- No me junto con viejos, - respondió el maestro.